

---

# Atrapado entre la sociedad civil y la sociedad política

El movimiento social  
haitiano en 2010

**SABINE MANIGAT**

Socióloga y politóloga; profesora e investigadora en la Universidad Quisqueya de Haití.

---

## Resumen

La autora realiza un análisis de las perspectivas de reconfiguración e incidencia política de los movimientos sociales en Haití ante la coyuntura de las próximas elecciones legislativas a finales de 2010. Enfocando el terremoto que devastó buena parte del país el 12 de enero de 2010 como el último parteaguas en la vida política haitiana, se presenta una retrospectiva del papel histórico de los movimientos sociales, haciendo hincapié en su auge durante el período inmediato posterior a la caída de la dictadura duvalierista y en su cooptación e instrumentalización en la era aristidiana. Así, se llega a un panorama de la situación al momento del terremoto y se estudia su importancia luego del desastre natural, ante las carencias e incluso ausencia total del Estado.

---

## Abstract

The writer examines the perspectives of reconfiguration and political incidence of social movements in Haiti in the context of the legislative elections to be held towards the end of 2010. By focusing on the devastating earthquake of January 12, 2010, the latest turning point in Haiti's political development, a retrospective review of the historical role of social movements is presented through its peak during the period that immediately followed the fall of dictator Jean Claude Duvalier, to being co-opted and operationalized during Aristide's rule. Thus a picture of circumstances before the earthquake is conveyed and then its importance after the natural disaster, in the face of scarcity and even absence of government control, is estimated.

---

## Palabras clave

Sociedad civil, sociedad política, movimiento campesino, clientelismo, instrumentalización, reconstrucción, ayuda externa

## Keywords

Civil society, political society, peasants' movement, cronyism, operationalization, reconstruction, foreign aid

### Cómo citar este artículo

Manigat, Sabine 2010 "Atrapado entre la sociedad civil y la sociedad política. El movimiento social haitiano en 2010" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XI, N° 28, noviembre.

---

Una pregunta central se plantea después del seísmo del 12 de enero de 2010: ¿Qué papel puede desempeñar el movimiento social en la recomposición del paisaje político –una etapa impostergable hacia la recuperación de la nación–?

Se entiende aquí, pragmáticamente, que el movimiento social remite a las dinámicas colectivas con inspiración y/o contenido social que expresan los intereses y las ideologías dentro del cuerpo social en momentos determinados. Se entiende asimismo que, más allá de las particulares expresiones que puede asumir una fracción o una fase de un movimiento social determinado, este entraña demandas y/o proyectos que *dicen* las fuerzas sociales y, por ende, las clases sociales que le dan vida y sentido.

En Haití, el movimiento social acarrea una herencia histórica de populismo y de clientelismo, pero también una tradición de representación de los excluidos contra "los de arriba"<sup>1</sup>, que hacen a su perfil a menudo radical y siempre de amenaza directa contra el orden vigente. Por lo general, no ha conllevado una propuesta de convocación nacional sino más bien una perspectiva ante todo opositora.

### La historia: surgimiento, auge y ocaso del movimiento social haitiano

Lejos de haber sido relegadas de la definición de las aspiraciones democráticas, las problemáticas de las clases sociales, del Estado y su contenido permean toda la evolución política del país hasta el día de hoy. El por qué de este perfil atípico para la región nos remite a elementos de tipo histórico y sociológico.

Durante los primeros 180 años de su evolución, las contradicciones sociales en el seno del movimiento social se manifiestan de modo privilegiado bajo la forma de movimientos populares más o menos politizados, esporádicos y discontinuos. La dirigencia de esos movimientos reviste a menudo un carácter carismático y ostenta –o explota– una visión dicotómica de la sociedad y del conflicto social. Esos movimientos han sido objeto de varios estudios monográficos pero fueron poco estudiados de manera sistemática<sup>2</sup>. En general, el componente populista llama la atención de los autores, lo mismo que su instrumentalización política por los grupos oligárquicos que se disputan el poder.

En suma, y en comparación al resto del continente, al iniciarse el periodo post duvalierista Haití es un Estado atrasado en cuanto a servicios básicos, nivel de urbanización y de industrialización y grado de organicidad de las relaciones sociales y políticas. Además de la débil tradición organizacional conviene subrayar el muy bajo desarrollo del sistema de educación, un aspecto sin duda insoslayable en la constitución de los sujetos políticos, individuales y colectivos.

Es a partir de 1986 cuando el movimiento social haitiano experimenta un desarrollo estelar. Todas las aspiraciones y los proyectos confinados durante treinta años de dictadura son desatados y se plasman en un abanico completo de formas

organizacionales: comités de barrio, grupos eclesiales de base, asociaciones de jóvenes, de mujeres, de profesionales, estudiantiles, ecológicas, partidos políticos... Se distinguen tres tipos de organizaciones que, durante una primera fase que va de 1986 a las elecciones de diciembre de 1990, que llevan a Jean Bertrand Aristide a la presidencia, se desempeñan como un amplio flujo aparentemente unánime, con reivindicaciones propias de las salidas de dictadura y predominio de reclamos de libertades: son organizaciones por los derechos cívicos y políticos y por la libertad de expresión, que opacan el desarrollo de sectores más clásicos –gremiales y sindicales–, sin embargo presentes dentro del movimiento. Empero, atrapado por una politización extrema del escenario en esa coyuntura de escasos cuatro años, fragilizado por la falta de tradición organizativa que lo torna dependiente de grupos y partidos políticos, el movimiento social cae en una espiral de enfrentamientos con los gobiernos de turno y competencia por el poder que lo pone a la zaga de la clase política, hasta llegar a la presidencia de Aristide. Allí termina el gran auge del *unanimismo* que, si bien resultó contra-productivo en la conquista de derechos y posiciones específicos, sí contribuyó a romper en forma definitiva con ciertas formas de la exclusión social mediante logros como la libre expresión, el acceso a la información y la generalización del uso del primer idioma nacional, el *kreyol*. Por lo demás, la llegada de Aristide al poder señala el ocaso del movimiento social con su cooptación y luego instrumentalización al servicio del régimen aristidiano.

Siguen diez años de instrumentalización y de desnaturalización, cuando no de marginación. En efecto, la recuperación aristidiana del ala popular del movimiento social da lugar a un proceso de gangsterización de múltiples grupos convertidos en verdaderas tropas de choque del régimen<sup>3</sup>. El breve renacimiento de un movimiento social –apodado GNB– encabezado por jóvenes profesionales y universitarios logra congregarse dentro de la sociedad civil una fuerza que está en el origen directo del derrocamiento de Aristide. Este intermedio termina lamentablemente entre confusión y absorción, en el marco de la “experiencia 184”<sup>4</sup>. Todo ello afecta definitivamente la legitimidad del perfil social radical que ostentó el movimiento social haitiano desde sus albores. Una suerte de desconfianza inmediata parece afectar los movimientos de protesta y las manifestaciones callejeras aparentemente sin norte y con improbable liderazgo.

Empero, en vísperas del terremoto del 12 de enero de 2010, la coyuntura, marcada por la actualidad política y la proximidad de las elecciones legislativas, propicia una vitalidad renovada de las asociaciones llamadas de la sociedad civil: mujeres, derechos humanos, organizaciones barriales o regionales, todas entran de nuevo a implicarse o a posicionarse respecto de la política. Es que cada coyuntura de crisis social, humanitaria o política despierta en el momento impulsos políticos que polarizan y a veces modifican incluso el movimiento social. Vuelve a sobresalir entonces el problema nodal de las mediaciones. Partidos y sindicatos parecen cobrar una existencia propia, desligada de los grupos sociales y/o sectoriales cuyos intereses tienen la vocación de representar. Esas formaciones no se ven más allá de sus cuadros y la población no se identifica explícitamente con ellas incluso cuando votan a su favor, si lo hacen. Asimismo, los dirigentes de asociaciones o grupos cívicos, tales como la *Initiative pour la Société Civile* (ISC) son

tratados como otros tantos líderes políticos, y aparentemente asumen ese perfil sin mayores reticencias.

El resultado de esta distancia consolidada entre las organizaciones con vocación de representación y los grupos sociales que en principio representan es la persistencia de una dinámica dicotómica en las coyunturas de movilización y de luchas sociales. El caso emblemático más reciente es sin duda el de la batalla por el salario mínimo durante el verano de 2009. Precedido por el eslogan del 1º de mayo, "Patrones y obreros juntos para el desarrollo", ese debate evidenció las dimensiones del control ejercido por el sector privado sobre toda la vida económica del país, en especial sobre las condiciones de trabajo y de reproducción del trabajador, aspectos claves que condicionan, entre otros factores fundamentales, las dimensiones y el nivel de calificación del mercado de trabajo. Fijado en 70 gourdes (1,8 dólares estadounidenses) desde 2003, el salario mínimo tendría que haber sido revisado, por ley, cada año, en función del costo de vida. A la hora de modificarlo el pasado verano, las discusiones y los debates, ampliamente dominados por los intereses privados y bajo la amenaza siempre latente de un lock-out patronal<sup>5</sup>, nunca contaron con un protagonismo fuerte de los sindicatos. El debate fue ante todo parlamentario y de prensa y las pocas manifestaciones obreras durante el mes de julio fueron enseguida calificadas de violentas y nunca contaron con la simpatía de la opinión pública. En suma, el movimiento social haitiano enfrenta una disyuntiva: manifiesta históricamente un ímpetu reivindicativo frente a un interlocutor estatal inexistente y asume un papel propositivo más que reivindicativo al ser limitado con débiles mediaciones partidarias y organizacionales.

### **Un Estado en ruinas, un pueblo de pie**

El terremoto de magnitud 7.3 en la escala de Richter que golpeó a Haití el 12 de enero pasado afecta significativamente a regiones y ciudades particularmente pobladas y socialmente activas. Resulta parcialmente destruida la región capitalina, donde está concentrada la mayor cantidad de gente (alrededor de dos millones de habitantes). Dentro de Puerto Príncipe, son muy afectados los barrios populares más densamente poblados (Site Letenel a la salida sur de Puerto Príncipe, Carrefour al Sur) y los barrios con mayor tradición de movilización social (Bel Air, que colinda con el palacio nacional, Carrefour Feuille, al sureste de la capital). Esta primera circunstancia, de coincidencia entre niveles de destrucción y tradición anterior de movilización social de los barrios, condiciona al menos dos fenómenos: la toma y ocupación de los principales espacios públicos más importantes de la región capitalina, y particularmente el Champs-de-Mars frente al palacio nacional; y la temprana y sólida organización de los sitios de refugiados en comités de gestión que recuerdan sin duda los comités de barrios o de vigilancia de los años ochenta y noventa. De hecho, las principales víctimas del terremoto pertenecen a dos categorías socioeconómicas: la clase media que, en Haití, representa un estrecho segmento de un 20 por ciento de la población a lo sumo, ubicada esencialmente en las ciudades y en especial en Puerto Príncipe; y los sectores populares, de lejos mayoritarios en la población, muchas veces de inmigración reciente a la ciudad y con arraigo todavía fuerte en el campo. La combinación de esos factores da lugar

a una pronta ocupación organizada de los espacios públicos por parte de damnificados esencialmente de origen popular y migración reciente. Esta población, que representa, según estadísticas compiladas por las Naciones Unidas, alrededor de un millón doscientas mil personas, se organiza de dos maneras distintas y complementarias: por una parte, la organización de verdaderos *campamentos* espontáneos con sus comités responsables de la recepción y distribución de la ayuda, la seguridad y la limpieza; y por otra, el éxodo hacia las ciudades de origen, en especial de las mujeres y los niños. O sea, los damnificados movilizan su capital social y sus lazos comunitarios primarios para sobrevivir. Ambos movimientos merecen un examen detenido en la medida en que indican la existencia de resortes que hacen al potencial –o a las modalidades– de un movimiento social hoy día parcialmente vivo o en estado de latencia.

**“Los primeros equipos de salvamento, los primeros auxilios, las primeras brigadas de retiro y evacuación de cadáveres los constituyeron los jóvenes de los barrios populares de Puerto Príncipe...”**

Regresando a los primeros días, se manifestó primero la fuerza de las solidaridades primarias en un contexto de falta de referencias y de canales de expresión. Un poco al estilo de México en septiembre de 1985, fue evidente en las primeras horas que había mucho pueblo y poco Estado. Los primeros equipos de salvamento, los primeros auxilios, las primeras brigadas de retiro y evacuación de cadáveres los constituyeron los jóvenes de los barrios populares de Puerto Príncipe y se puede comprobar una correspondencia interesante entre capacidad de organización de los trabajos y presencia anterior de organizaciones de base, barriales y populares, en diversas partes de la ciudad<sup>6</sup>. Los equipos internacionales de rescate reclamaron después haber salvado unas 131 vidas. Solo en la universidad Quisqueya, la noche del 12 de enero fueron sacados de los escombros, con vida, más de veinte alumnos. Más allá de cualquier estadística de mérito<sup>7</sup>, lo que se subraya aquí es la eficiencia de la movilización popular, y de los jóvenes muy particularmente, en los momentos más dramáticos de la catástrofe. Esa movilización es la misma que lleva a la pronta organización de la población para recibir la ayuda internacional. Es importante, en efecto, subrayar el hecho de que la esperanza generalizada de la población desde las primeras horas fue la fe en la rápida llegada de la solidaridad internacional. La idea era por lo tanto preparar la llegada de dicha asistencia para que pudiera ser rápida y eficazmente repartida. En ese primer momento la población reacciona por lo tanto de manera organizada y concentra sus esfuerzos en la sobrevivencia. Lo que se ha celebrado desde entonces como una especial capacidad de resiliencia de la población haitiana, y que sociólogos haitianos han observado y analizado como una alta capacidad de autorregulación social de las comunidades, permitió evitar todos los riesgos sanitarios y sociales mayores anticipados en la circunstancia.

Se puede hablar también de un repunte de movilización de la sociedad civil en ese contexto. Al lado del papel de las organizaciones barriales conviene señalar

el de varias organizaciones sectoriales, ciudadanas o de derechos humanos, que se han movilizado al lado de los jóvenes de los barrios para trasladar heridos, distribuir agua, repartir alimentos. Más allá de esas acciones de primer auxilio, desempeñan el papel de caja de resonancia de las necesidades populares dentro de ese contexto de urgencia humanitaria. Las organizaciones llamadas de la sociedad civil, o sea, las asociaciones y organizaciones de corte cívico (derechos humanos, ecología) o sectorial (mujeres, jóvenes) monitorean de hecho, y publicitan, la distribución de la ayuda humanitaria y opinan sobre la calidad y la transparencia de las operaciones de distribución. En el mismo acto esas organizaciones desempeñan un papel de observador crítico de las acciones gubernamentales, de la ONU, o de las innumerables ONG que llegan al país en ocasión del seísmo. Van a constituirse de este modo en el sucedáneo más próximo a un movimiento social desde el terremoto. Nuevas organizaciones surgen así en las huellas de esta experiencia, entre las cuales se cuenta una plataforma de mujeres para la justicia social, conocida como *la Plateforme*.

**“...el caso del movimiento campesino es tal vez el más significativo, a la vez que el más específico, de un movimiento social pujante pero atrapado entre la sociedad civil y la sociedad política”**

Hay que contar, por cierto, con los efectos perversos de la ayuda humanitaria: dependencia, competencia, anomia, caracterizan también a gran parte del cuerpo social, más allá de las masas de damnificados. Se sabe incluso de grupos numerosos de familias, radicadas en barrios populares no afectados por el temblor, que han abandonado sus casas para instalarse en las aceras de las ciudades, con la esperanza de beneficiarse con distribuciones de agua y víveres. El peso de las debilidades estructurales, de la miseria que confina a la indigencia y de las tradiciones clientelistas se hace sentir.

Dicho lo anterior, hechos relevantes contradicen algunos prejuicios difundidos por la prensa internacional, entre ellos, las acusaciones de control de los sitios de refugiados por ex miembros de las pandillas aristidianas y, por lo mismo, la estigmatización de esos sitios como zonas de extrema inseguridad. Un estudio basado en un diagnóstico de terreno, realizado en marzo y abril de 2010, establece por el contrario que los interesados consideran que los lazos con el barrio alrededor influyen considerablemente el factor seguridad. “Cuando la comunidad dentro del sitio es, ella misma, estable (la mayoría de sus miembros siendo originarios del mismo barrio), la seguridad es bastante buena [...] parece que el temblor generó un grado de solidaridad considerable en el seno de la sociedad haitiana. [...] En Delmas 60 [...] los habitantes han descrito un ‘sentimiento de familia’<sup>8</sup>. “Los comités y las brigadas de seguridad organizados por la población han sido a menudo señalados como elementos de garantía de la seguridad y de la buena gestión de los sitios de refugiados. Son interlocutores muy valiosos [...]”. Y el reporte concluye que “[...] la cohesión en el seno de las comunidades en los sitios de damnificados, y entre ellos y la comunidad más amplia, es fundamental” en materia de seguri-

dad. Estas consideraciones son reforzadas por el reporte del Réseau National de Défense des Droits Humains (RNDDH) que, para el mismo periodo, apunta acerca de la seguridad: “Varios campamentos son manejados por comités que aseguran, en la medida de lo posible, la coexistencia cotidiana. [...] Desempeñan una tarea enorme. La seguridad dentro de los campamentos es proporcionada por la PNH (policía nacional) [...]. Paralelamente, los comités de gestión de los campamentos han organizado brigadas de vigilancia encargadas de proveer a la población la seguridad adentro de los sitios”. La contraparte de esta situación son, en cambio, las quejas sistemáticas de la población afectada acerca de la ausencia de las autoridades.

No ha sido suficientemente resaltado el impacto de esta alta capacidad organizativa de la población haitiana. Por supuesto ha sido invocado su gran instinto de *resilience*, resistencia. No cabe duda de que las debilidades históricas del Estado haitiano como proveedor de los servicios más básicos y de los elementos constitutivos de la gobernabilidad –seguridad básica de la población, gestión demográfica y territorial– han acostumbrado a la población, por así decirlo, a resolver sus problemas sin mayor guía. Esta capacidad de autorregulación, productora de fuertes lazos de solidaridad primaria, es ante todo responsable de la hasta ahora innegable serenidad de los damnificados y, en general, de la tranquilidad social que prevalece en el país. No se ha resaltado lo suficiente el hecho de que Haití ha vivido con un contingente nacional de menos de diez mil policías, sin soldados, y ello antes del despliegue de la misión de la ONU encargada desde hace seis años de *estabilizarlo*. El conocimiento de esas circunstancias plantea sin duda nuevas preguntas referidas al potencial de la sociedad haitiana para encarar la reconstrucción del país y, de un modo más general, un futuro autónomo y soberano.

### **El movimiento social haitiano en 2010: entre latencia y explosión**

Hoy por hoy, algunos sectores se han manifestado, resultado de algunos de los problemas que afligen a una sociedad severamente golpeada físicamente y políticamente acosada por la masiva intervención multiforme de la comunidad internacional en un contexto de debilidad institucional y gubernamental. El sector sindicalizado de los transportes urbanos se ha movilizó en dos oportunidades, en mayo y recientemente en agosto, la primera vez para protestar contra las condiciones de circulación en las calles, con la lentitud de los trabajos de levantamiento de escombros y el atascamiento provocado por la ocupación de las calles por los damnificados. La segunda vez el movimiento tomó la modalidad de una huelga, la cual fue parcialmente observada a nivel de la región metropolitana de Puerto Príncipe. Dentro del panorama de debilidad estructural del movimiento sindical haitiano, el sector de los transportistas ha dado muestra de una vitalidad persistente a lo largo de los últimos treinta años. El transporte urbano e interurbano es mayoritariamente privado y reiterados intentos de las autoridades públicas para fortalecer un sector público en contrapeso con el gremio han fracasado. La manifestación de este gremio en el contexto actual de desencanto general hacia la movilización social atestigüa la terca sobrevivencia de un sector sindical que ha sido históricamente mantenido en la más estricta contención, y que enfrenta la hostilidad combinada

del sector empresarial y del Estado. Empero, el caso del movimiento campesino es tal vez el más significativo, a la vez que el más específico, de un movimiento social pujante pero atrapado entre la sociedad civil y la sociedad política.

Amén de sus manifestaciones históricas tradicionales<sup>9</sup>, el movimiento campesino haitiano tiene una trayectoria contemporánea de mucha autonomía y de innegable poder de convocatoria. A partir de 1987<sup>10</sup> ha sido un actor relevante en lo social, en lo económico y también, inevitablemente, en lo político, aunque nunca permaneció infeudado a una corriente o una organización política específica. Desde el terremoto de enero, el movimiento campesino se ha manifestado en dos oportunidades importantes. La primera atañe al éxodo masivo de más de medio millón de damnificados fuera de la capital y hacia los departamentos no afectados. En dicha oportunidad, las principales organizaciones<sup>11</sup> campesinas son las primeras en llamar la atención sobre los problemas planteados por esos desplazamientos de poblaciones: el aumento de las personas –muchas veces refugiadas en sus familias y/o su comunidad de origen– produce el agotamiento de la reservas de cosechas y de las semillas; además, se da una competencia de facto de la ayuda humanitaria con la producción nacional. Las organizaciones abogan a favor de una política de apoyo a la producción nacional. Esta posición es inmediatamente retomada por el Consejo Nacional para la Seguridad Alimenticia (CNSA) y luego por las agencias internacionales, pero con resultados modestos en el mejor de los casos.

La segunda manifestación con relevancia nacional del movimiento campesino está relacionada con la ayuda humanitaria que entró de manera más o menos desordenada en el país. Ligada al tema más global de su impacto en la producción nacional, una denuncia, que degeneró en polémica, surgió a raíz de la donación por la empresa multinacional Monsanto de toneladas de semillas sospechosas de ser genéticamente modificadas. La campaña anti Organismos Genéticamente Modificados (OGM) es lanzada inmediatamente y desborda rápidamente el marco de la polémica inicial entre el Ministerio de Agricultura y el Mouvement Peyizan Papay (MPP). Organizaciones ciudadanas, de derechos humanos y asociaciones alter mundialistas se unen a la protesta. Ello desemboca en grandes manifestaciones en el departamento del Centro con llamados a rechazar las donaciones de semillas y quemas de cientos de sacos de semillas ya distribuidas. El Ministerio de Agricultura aseguró en reiteradas oportunidades que las semillas donadas no eran OGM sino de especies híbridas. A la postre, la polémica salió de la agenda política y el ministerio se mantuvo firme pero el MPP también, con las consecuencias que se pueden vislumbrar sobre las modalidades de la modernización agrícola anunciada por el gobierno y anhelada por ambas partes. *Last but not least*, hay que reconocer que la fase humanitaria de distribución masiva de ayuda alimenticia, así como el aumento que, a pesar de las importaciones humanitarias, ha experimentado el costo de la vida, han militado hasta ahora en contra de una convergencia consistente entre los sectores populares urbanos –principales consumidores de la ayuda internacional y de las importaciones de cereales competidoras con la producción nacional– y las organizaciones campesinas portadoras de un proyecto con acentos a veces paseístas<sup>12</sup> pero, visto desde otra perspectiva, también en línea con problemáticas muy actuales que se vislumbran en el futuro, como la seguridad alimenticia y la preservación de la naturaleza.



## El demonio político siempre presente

Hoy día y a pesar de los apremios de lo cotidiano para los cientos de miles de personas sin techo, y de acuerdo a una lógica que solo tiene de absurdo lo que contiene de contradicciones internas a la gobernabilidad del país, Haití entra de nuevo en una coyuntura marcada por el predominio de la política y, más precisamente, de las elecciones. Estas circunstancias que se presentan con regularidad, aquí como en todos los países, acarrearán, aquí y hoy, reminiscencias y reflejos espontáneos dentro del cuerpo social y que afectan específicamente al latente movimiento social y a sus perspectivas de reactivación. Las elecciones planificadas para fines del año 2010 traen consigo una serie de retos y disyuntivas entre las cuales tres merecen especial atención para con el movimiento social: el momento con respecto a la catástrofe de enero; las justificaciones y los apoyos a dicho objetivo y a su calendario; y el espectro político de los sectores y los candidatos implicados.

El momento no ha sido escogido ya que se deriva del calendario electoral constitucional. Su carácter oportuno es, en principio, indiscutible dado que varias instituciones nodales del Estado están actualmente caducas (la Cámara de Diputados ha concluido su mandato y la Legislatura ha sido cerrada) o incompletas (el Senado está reducido a dos tercios de sus miembros). Finalmente, el mandato presidencial no renovable se termina el 7 de febrero de 2011. Ahora bien, tampoco ha sido escogida la fecha del terremoto y nadie discute que ha sido una catástrofe mayor que delimita un antes y un después en todos los órdenes de la vida nacional. La pregunta referida al momento se relativiza ipso facto y las diferentes propuestas formuladas por múltiples sectores de la sociedad civil ganan en legitimidad. Algunas organizaciones políticas pero también cívicas llamaron en efecto muy temprano a una gran convergencia nacional para constituir un gobierno de Salud pública, acorde con las urgencias del momento. Se lee aquí una vez más el ímpetu participativo y propositivo de una sociedad sedienta de organización y compromiso pero falta de liderazgo y de instancias de mediación política. Decidir el momento remite por lo tanto a una opción clara de seguir *by the book* con el proceso de normalización política del país sin tomar en cuenta ni pensar la manera de potencializar el despertar solidario y organizacional dentro del país en circunstancias excepcionales. Significa también, y de manera más clara que en las coyunturas anteriores, que el régimen de turno, que es una derivación del movimiento Lavalas posterior al regreso al orden constitucional de 1994, ha optado por el afianzamiento de la instrumentalización de las reglas del juego político, para conservar el poder con exclusión de todos los otros sectores, próximos u opuestos a él. De allí las crecientes críticas que, recientemente, se convirtieron en abiertas manifestaciones<sup>13</sup> en contra del régimen inaugurado por la primera presidencia de Préval y rescatado por la comunidad internacional a partir de 2004.

Las justificaciones y los apoyos a dicho objetivo y a su calendario provienen de los círculos cercanos al poder y sus instituciones, pero también de determinados sectores de la sociedad civil. Típicamente, grupos del sector empresarial, pero también algunas formaciones políticas legalistas o tradicionales, y una parte de la opinión pública que solo ve la posibilidad de un cambio de gobierno vía elecciones. Por lo tanto el escenario está montado para volver a activar los resortes del clientelismo como manera de imprimir un sello participativo y legítimo a los

próximos comicios. No se puede soslayar, en este contexto, el papel de la comunidad internacional que no solamente apoya y financia las operaciones, sino que ha delimitado claramente dos terrenos de acción: uno, social y económico que remite directamente a las exigencias de la reconstrucción pero es asignado al gobierno (a pesar de que gran parte de la justificación del aumento desmesurado de la presencia internacional en Haití hoy es la ayuda para la reconstrucción); y otro, el de la estabilización política, que comanda elecciones y reformas institucionales, y que el sector internacional prioriza y financia desde hace más de seis años. Más aun, ni las muy discutibles leyes<sup>14</sup> votadas recientemente por el gobierno y que han sido en parte la causa del creciente descontento social, ni los evidentes atropellos a las mismas reglas constitucionales y legales<sup>15</sup> —a la buena gobernabilidad, por lo tanto— han hecho variar las posiciones totalmente convergentes de los actores externos en el proceso político haitiano. Todo parece indicar que, incluso con la indiferencia o las críticas de los más diversos sectores sociales, la dinámica electoral va a imponerse sobre las diferentes urgencias nacionales y que el movimiento social permanecerá en latencia.

El tercer nudo problemático tiene que ver con el espectro político de los sectores y los candidatos implicados. Es importante resaltar que a nivel de las candidaturas presidenciales el grupo de contendientes está dividido en tres: primero están los que se disputan los favores de los sectores otrora aristidianos y luego allegados a Préval, en ausencia de la clara elección de un sucesor designado por parte del presidente de turno; segundo, hay un grupo de candidatos que se podrían llamar de la clase política tradicional, con perfiles disímiles pero definición partidaria clara; y finalmente los *outsiders*, desconocidos o estelares, que desorganizan, felizmente de acuerdo a algunos análisis pero, por ende, toman folklórica la vida política y las elecciones haitianas. Porque, más allá de su carácter espectacular, la gran incógnita que plantean es: ¿qué traen de nuevo esas candidaturas con respecto a los problemas estructurales del país, que solo han empeorado desde el 12 de enero?

Dos nudos siguen definiendo el potencial para el renacimiento de un movimiento social dinámico, como interlocutor no solo válido sino insoslayable. Primero, el de su organización como fuerza reivindicativa y autónoma, capaz de empujar hacia los cambios deseados sin caer en las trampas de reemplazar las estructuras de mediación que les sirven de correa de transmisión y a la vez las protegen. Y el de la capacidad transformadora que se insinúa a través de las recientes manifestaciones de solidaridad y de movilización colectiva consecutivas al terremoto. Empero, el dilema de la representación de intereses sigue siendo el reto mayor para un movimiento social que, por falta de disponibilidad de *intelectuales orgánicos*, es puesto ante la necesidad —la tentación— de hacer, cuando su vocación es más bien la de formular, demandar, exigir incluso, y controlar. La manera en que se plasme esta disyuntiva en el debate político de hoy decidirá el futuro del movimiento social por muchos años porque, de consolidarse el actual sistema clientelista-instrumentalizador, el movimiento social seguirá confiscado por la sociedad política sin haber podido desarrollarse en una moderna sociedad civil, precisamente por falta de estructuras organizativas consolidadas. Dos ejemplos recientes ilustran a la vez la necesidad organizativa y los peligros de

las demandas no canalizadas. El primero es el de las manifestaciones religiosas dentro del movimiento social. Las iglesias protestantes han optado desde hace un decenio ya por una representación partidaria y existen dos partidos políticos declaradamente confesionales. En cambio, los practicantes del rito vudú han emprendido desde 1986 un proceso de estructuración y de representación unitaria de naturaleza cívico-religiosa. Acaban de pronunciarse sobre la coyuntura política en términos elocuentes: “No queremos partidos políticos, queremos un representante nuestro”, proclaman al culminar su congreso nacional este 10 de agosto. Afirman querer adscribirse a un papel reivindicativo y estarán atentos a todos los discursos políticos para apoyar a quien mejor represente sus intereses. Estos intereses están claramente definidos en términos de los derechos básicos y ciudadanos de los actuales damnificados que duermen en la calles.

**“...el dilema de la representación de intereses sigue siendo el reto mayor para un movimiento social que, por falta de disponibilidad de *intelectuales orgánicos*, es puesto ante la necesidad de hacer”**

El segundo ejemplo tiene acentos de advertencia a pesar de su formulación eminentemente cívica. Ya en mayo, y aun hasta principios de agosto, la población de varios de los sitios que agrupan a las familias sin techo, en especial en los barrios populares de Fort National-Bel Air y Petionville han salido a manifestarse en contra de la inercia gubernamental para con su suerte; reclaman un techo decente y subrayan que su movimiento es y permanecerá pacífico y ordenado. Pero esas poblaciones son claramente presas potenciales para los grupos políticos de toda clase, y la legitimidad de sus demandas las hace tanto más vulnerables a las manipulaciones politiqueras. Porque la multitud es una fuerza que puede levantar montañas, como también puede desatar potencias destructoras a imagen del torrente devastador que representó Lavalas en la historia del movimiento social haitiano.

## Notas

1 Salvo, en cierta medida, bajo la primera ocupación norteamericana, cuando los componentes nacionalista y antiimperialista se juntan mas allá de esta característica más bien polarizada del movimiento social haitiano. Incluso en la época reciente en que el grupo 184 quiso hablar de un pacto nacional policlasista (entre 2003 y 2006), el discurso tuvo que remitir a la exclusión como eje del quehacer del grupo. Ver más adelante.

2 El historiador Michel Héctor ha emprendido un estudio sistemático de los movimientos sociales y los movimientos populares, en especial para el período anterior a 1915.

3 Conocidas como *chimè* y agrupadas en pequeñas células denominadas *tifanmi*, esos grupos han sido responsables de innumerables exacciones entre las cuales se pueden señalar los ataques a candidatos

electorales en el 2000, el saqueo e incendio de locales y residencias de dirigentes políticos de oposición, en diciembre de 2001; la destrucción de todas las antenas de radiotelecomunicación en diciembre del 2002 y, sobre todo, tras el derrocamiento de Aristide en febrero del 2004, el lanzamiento de la campaña de terror, con secuestros y asesinatos anónimos, autodenominada *Operación Bagdad* por sus hechos. El carácter nítidamente político de esos hechos quedó claro con su rápida puesta bajo control por las tropas de la ONU una vez tomada la decisión política, en el verano de 2007.

4 Este episodio se inscribe en el marco de la búsqueda de un consenso social post-Aristide. Liderado por un grupo de profesionales, intelectuales y miembros del sector privado, cohesiona paulatinamente su componente social y popular para convertirse en

una especie de caricatura del unanimismo que había fungido a finales de los ochenta.

5 Los empresarios del sector de reexportación en especial argumentaron que de fijarse el nuevo salario mínimo a 200 gourdes (5 dólares) *tendrían que cerrar sus fábricas*, además de advertir que el capital extranjero que debe ayudar al crecimiento y la creación de empleos se orientaría hacia países más baratos.

6 Es el caso, entre otros, de los barrios de Carrefour Feuille, Fort National (que colinda con Bel Air) o Martissant en la comuna sureña de Carrefour.

7 Una semana después del terremoto y ante los persistentes rumores de caos, impotencia, desorden y brotes de epidemia, la ONU tuvo que reconocer, por la voz de la responsable de asuntos humanitarios y también por la Cruz Roja internacional, que el pueblo haitiano había dado muestras de un sentido de organización tal que la mayoría de las vidas habían sido salvadas por la movilización nacional antes de la intervención internacional.

8 *Joint Security Assessment*, documento circulado por las Naciones Unidas, mimeo, marzo de 2010.

9 Como se apuntó más arriba, el movimiento social haitiano fue durante mucho tiempo eminentemente campesino. El movimiento campesino contemporáneo surge de manera organizada después de 1986. Influenciado claramente, en un primer momento, por las comunidades eclesiales de base de

la iglesia católica, ha conquistado y mantenido una autonomía que es a la vez su fortaleza y su irreductible peculiaridad dentro del panorama nacional.

10 Año del primer congreso nacional campesino celebrado en la céntrica localidad de Papaye.

11 Tèt Kole, una organización basada en el Norte; Mouvman Peyizan Papay, en los departamentos del Centro y del Norte.

12 La promoción, a veces la exaltación misma, de la producción y de la comida (cultura culinaria) nacionales caracteriza en efecto al discurso del MPP y de las organizaciones campesinas en general.

13 Esas manifestaciones conciernen a varios sectores que no necesariamente convergen. Son más bien el indicio de la difusa pero real oposición que enfrenta hoy el gobierno Préval-Bellerive, oposición que, por falta de canales y de recursos para expresarse eficazmente, parece más débil e irrelevante de lo que realmente es frente a la fuerza de las prácticas clientelistas viejas y nuevas.

14 La ley de abril de 2010 que extiende la situación de emergencia por dieciocho meses; y el comunicado que modifica el mandato del consejo electoral.

15 El consejo electoral acaba de eximir a los candidatos a la presidencia de la exigencia constitucional de presentar una descarga de responsabilidades cuando han sido encargados del manejo de fondos públicos.